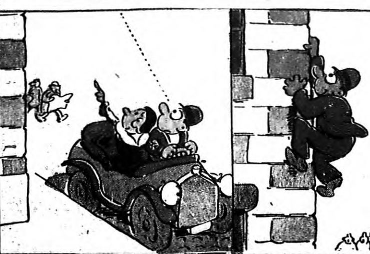
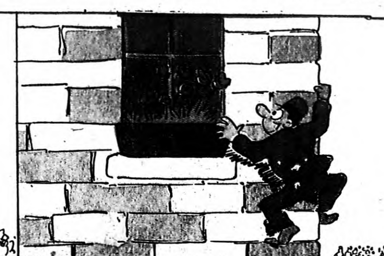
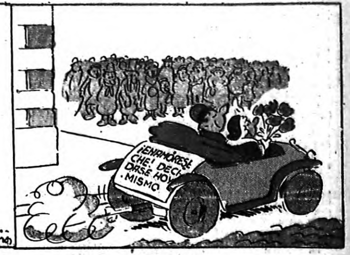




COLOR HISTORIETAS — CRITICA — COLOR PARA NIÑOS

Aparece los Sábados — Suplemento Cómico de CRITICA en Multicolor — Marzo 28 de 1931



LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por R. DIRKS

PARA HACERSE INVISIBLE UNA PERSONA DEBE TOMAR SOPA DE PAPEL PINTADO TRES VECES POR SEMANA. CUÍDESE DE NO MEZCLAR SERPENTINAS SIMPLES EN EL CALDO, SI SE DESEA ADEMÁS DE SER INVISIBLE, ARRASTRAR CADENAS
¿ESTÁS APRENDIENDO EL CREDO RELIGIOSO POR CORRESPONDENCIA?
¡YO LO PONDRÍA A CHUPAR UNA BOLSITA DE PIMIENTA!
¿ES UN TRATADO DE AVIACIÓN, HERMANITO?
EL SABELO TODO











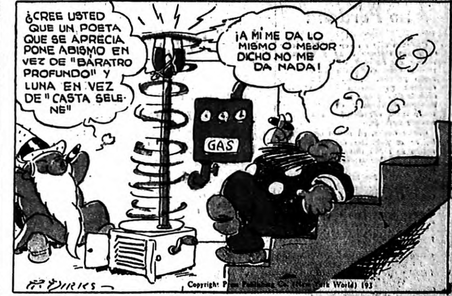












Peter Fower El Negro De Chicago

(Para CRITICA)

PETER Fower, el de Chicago, ha caído para siempre. El rubio Bilman lo dejó tendido sobre la lona ante la estupefacción del gentío que presenciaba la derrota del ídolo negro.

—¡Levántate, Peter!... ¡Peter, no te duermas!... ¡Arriba, negro!...

Una voz dominó a las otras. Era la voz de un gigante de color que se hallaba ubicado en el ring-side:

—¡Levántate, cobarde!...

Peter intentó un supremo esfuerzo, pero sólo consiguió incorporarse un poco y entreabrir los párpados. Hallábase en un estado de semiinconsciencia y sin embargo había alcanzado a percibir el grito del gigante.

—¡Cobarde!...

¿Por qué lo humillaba así? ¿Acaso no había peleado como un valiente? La injusticia del calificativo no solamente lastimaba su amor propio, sino que se clavaba como un afilado puñal en su corazón de buen peleador.

La multitud rugía. Un salvaje clamoreo atronaba el espacio y el negro vencido en los segundos que estuvo sobre la lona, veía agitarse un hormiguero humano, a través de una cortina roja. De una herida en la ceja izquierda manaba abundante sangre. Tenía la cara destrozada, los gruesos labios cortados, la nariz rota.

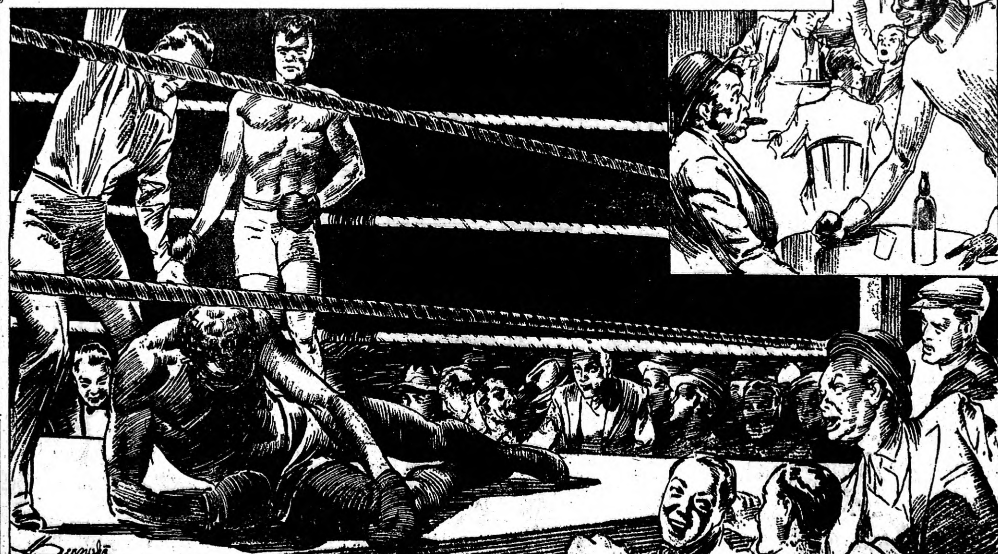
—¡Levántate, cobarde!...

¿Quién lo había llamado cobarde?... ¡Ah, no saberlo, no reconocerlo algún día para demostrarle cómo se porta un hombre!...

Los segundos se aproximaron al campeón vencido y se lo llevaron. La multitud victoreaba al vencedor.

El rey ha muerto. ¡Viva el rey! Y el público enloquecido vociferaba:

—¡Hurra, Bilman!... ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurraaa!...



—¡Levántate, cobarde! ¡Levántate!
¿Quién lo había llamado cobarde a Peter Fower?...

BILMAN ganó por knock out técnico en el séptimo round. Los silbidos con que fuera recibida la decisión del referee no prueban que éste haya procedido mal. Por el contrario, el referee suspendió el encuentro adjudicándole la victoria al rubio por una razón de humanidad.

Se veía el agotamiento del negro. Cada vez que era castigado rudamente por Bilman, el negro tambaleaba. Era una masa informe, una mole de masilla negra donde hundía sus guantes el fuerte peleador blanco.

En el quinto round, los adictos al campeón de color tuvieron una esperanza. El negro, replegándose sobre las cuerdas, intentó una suprema reacción. Iba a quemar el último cartucho. Desgraciadamente, le falló el golpe y tuvo que sostenerse en su rival para no perder el equilibrio.

—¡Apúralo, Bil!... ¡Apúralo que no da más! ¡Sácalo de una vez!...

Y Bilman de un uppercut le hizo morder al negro la brea del ring.

Fué entonces cuando el gigante lo abofeteó con su grito estentóreo:

—¡Levántate, cobarde!...

El referee se negó a contarle los puntos. Había vencido el blanco por knock out técnico.

PETER Fower volvió esa misma noche al cafetín donde lo esperaba el promotor Harrison.

—¿Qué hay, Peter?... — preguntóle.

—He tenido mala suerte, Harrison — dijo el negro. Esta ha sido la noche más amarga de mi vida. Palabra, Harrison. Nunca he sufrido tanto, ni cuando andaba con la banda de Nick en el contrabando, jugándome el pellejo.

—Te creo, Peter. Una derrota siempre es triste.

—¿Una derrota, Harrison?... No me aflige la derrota. ¿Me venció Bil?... Paciencia. Hay algo que me duele más que los golpes. Algo que me muerde el alma.

—¿Qué es eso, Fower?..., preguntó Harrison.

Peter, sin responder a la interrogación de su promotor, dijo:

—Harrison, tú estabas junto a las cuerdas, ¿no es cierto?...

—En el lugar de siempre, Peter. ¿Por qué?

—¿Quién era el tipo que me amenazaba con el puño llamándome cobarde?

—El pendenciero Marck que anda con la gente de Nick.

—¿Marck? ¿Marck, dices? — insistió el hombre de color.

—Sí, estoy seguro. Yo mismo escuché su grito. Te dijo dos veces: "¡Levántate, cobarde!"

Peter Fower hizo a un lado la silla; echóse la galera gris hacia atrás, escupió fuera de la salivadera y despidióse de Harrison diciéndole:

—Adiós, promotor... Para mi próxima pelea quizás no necesite de ti.

El promotor Harrison lo siguió con la mirada y al verlo desaparecer murmuró:

—Este muchacho es un hombre acabado!...

MARCK, el pendenciero, era contrabandista. Trabajaba para Nick y nunca lograron atraparle un cargamento de whisky, lo que significa que Marck conocía el oficio y sabía salvar toda clase de obstáculos.

Peter cruzó la noche animado por un sordo rencor. ¿Dónde andaría Marck a esas horas?... Quizás se hallara ocupado en el refugio de Marvel o en la casa del italiano Schiappa, donde solían reunirse los muchachos.

Pero ni en el refugio de Marvel ni en la vivienda de Schiappa está Marck. Desesperando encontrarlo, el negro resolvió volver al cafetín. Con él, penetró una ráfaga helada.

—¡Cierra esa puerta!... ¡Cierra esa puerta con mil diablos!...

Reconoció el vozarrón. Era el mismo que pronunciara junto al ring la palabra humillante.

Peter Fower levantó la vista y la fijó en el hombre que gritaba. Era Marck, el gigante del ring side, el pendenciero contrabandista de la banda de Nick.

Sin un titubeo, con paso firme, Peter Fower dirigióse hacia él. El promotor Harrison, descubrió las intenciones de su amigo y se adelantó a cortarle el paso. Pero, Peter Fower lo apartó diciéndole:

—Déjame, Harrison... Esta vez no te necesito.

MARCK se puso de pie y en guardia.

—Te buscaba, Marck.

—¿Qué quieres?... ¿Es que acaso no te bastan los golpes de Bilman?...

—Te buscaba, Marck. Estuve en el refugio de Marvel y en la casa de Schiappa.

—¿Qué quieres? ¡Vamos, que soy un hombre ocupado y no puedo perder tiempo!

—Te buscaba, Marck, para que me repitieras las palabras de la pelea. En ese momento, me fué imposible contestarte.

—¡Ah! ¿Con que andas buscando camorra, Peter?... ¡Ya decía yo que no te bastaba con la paliza que te propinó Bilman!...

Peter se le aproximó con los puños apretados. Marck levantó una silla, pronto a descargar el golpe. Fué en ese preciso momento que se apagaron las luces.

—¡Suelta!... ¡Canalla!... ¡Cobarde!...

Las voces se escuchaban entre el estrépito de las sillas y las mesas que caían.

Harrison corrióse hasta el mostrador tropezando con los muebles diseminados en el pavimento y dió vuelta a la llave eléctrica. El cafetín iluminado ofrecía el espectáculo de una batalla campal.

Marck, apurado por el negro, echó mano a la cartuchera. Pero, Peter, más rápido, le cortó el ademán vaciando la carga de su pistola.

Cuando aparecieron los polizontes, sólo Peter y Marck hallábanse en el local. Peter, de pie; Marck, tendido junto a una mesa, muerto.

CUANDO lo llevaban a la cárcel, Harrison, alcanzó a decirle:

—Lo siento, Peter... Verdaderamente, ha sido una noche de perros...

—¡Bah!... ¡No lo creas, Harrison!... Me siento tranquilo, como si no hubiera ocurrido nada. Palabra de honor.

JOSE LEON IGLESIAS.

AVENTURAS DEL AUTOR DE "DON QUIJOTE"

Cervantes combatió en la batalla naval de Lepanto, donde perdió el brazo izquierdo. No obstante, asistió a nuevos combates; estuvo en la campaña de Túnez, sufrió cinco años de esclavitud bajo el poder de los piratas argelinos y corrió otras muchas aventuras, antes de abandonar para siempre la honrosa profesión de las armas.

Tenía cerca de cuarenta años de edad cuando contrajo matrimonio; primero intentó ganarse la subsistencia escribiendo para el teatro, puesto que había ya mostrado su competencia literaria en una novela pastoril, titulada "Galatea". Sus obras teatrales debieron de tener bastante aceptación, pues consta que escribió unas treinta, de las cuales sólo se conservan actualmente dos. En 1594 fué nombrado recaudador de rentas del reino de Granada, y tres años después fué puesto en cadenas a causa de irregularidad en sus cuentas.

Aun cuando no está probado, créese que durante el tiempo de esta prisión escribió la primer parte del libro que ha inmortalizado su nombre: "Don Quijote".

EL REY Y EL LEÑADOR

El rey Felipe II de España era muy aficionado a la caza. Un día, persiguiendo con ardor una pieza, se extravió en medio del bosque. Estuvo vagando toda la mañana muerto de hambre y de sed, cuando dió con un pobre campesino que se hallaba en íntimo coloquio con un trozo de pan y una bota de vino.

Su majestad se apeó del caballo y se acercó. El campesino, tomándole por un paje, le dijo:

—Oye, tú, ¿no quieres echar un trago?

—En verdad que tengo mucha sed, buen hombre, — dijo alegremente el monarca, llevándose la bota a los labios. Luego se sentó al lado del campesino, pidióle un pedazo de su pan y se puso a comer con apetito.

—¿Cómo te llamas y en qué trabajas? — le preguntó al rato al campesino.

—Soy leñador y me llaman Juanucho. ¿Y tú?

—Felipe, — respondió el rey.

—Tú estás empleado en palacio ¿verdad?

—Cierto.

—¿Y qué haces allí?

—¡Pcht!... — contestó el monarca con aire indolente, — poca cosa: hago de rey.

LA ESPADA DE CASTRIOTO

MAHOMETO II, rey de Turquía, deseoso de ver y manejar la espada de Jorge Castrioto, príncipe de Albania, por la fama de las proezas que con ella había realizado, matando a más de dos mil turcos, mandó a decir a éste que hiciera el favor de enviársela, a lo que el príncipe accedió gustoso. Luego que Mahometo la tuvo en sus manos, quiso esgrimirla, dando tajos y mandobles, con estocadas de punta, pero no saliéndole nada a derechas, creyó que Castrioto se había burlado de él, por lo cual, al devolverle el arma, le hizo decir que le había engañado, remitiéndole, no su espada, sino otra muy distinta.

—Decidle — contestó el príncipe — que yo le presté mi espada, pero no mi brazo.

La Abadía de Westminster

LA Abadía de Westminster, con sus tumbas reales y sus sepulcros de hombres célebres, es uno de los principales monumentos de Londres y el gran santuario nacional de los ingleses.

Dícese que el rey sajón, Sebert, mandó construir en el año 616, una iglesia y un convento de monjes benedictinos, en honor del apóstol San Pedro, en el lugar que hoy ocupa la Abadía.

Aquel convento se llamó Westminster, esto es, Monasterio del Oeste, por el punto en que está situado con respecto a la ciudad.

Lo destruyeron los daneses, lo reedificó el rey Edgardo en el año 985 y la iglesia o Abadía de Westminster quedó terminada a mediados del siglo XIII. Tiene forma de cruz latina y el interior, de armónicas proporciones, produce excelente efecto.

Hombres ilustres

Entre los monumentos y sepulcros de este templo, citaremos los de lord Beaconsfield, el célebre Disraeli, político y escritor; Jorge Canning, famoso orador; el del explorador Livinstone; Ricardo Cobden, economista; Isaac Newton, Darwin, Gladstone, Shakespeare y Carlos Dickens.

En la Abadía de Westminster son coronados los reyes de Inglaterra.

Veinte siglos

Muchos libros se han escrito acerca de esta abadía, que tanta importancia ha tenido en la historia del imperio durante el transcurso de mil años; veinte siglos han transcurrido aproximadamente desde que se construyó el primer edificio, que, según fundadas conjeturas, fué un templo pagano.

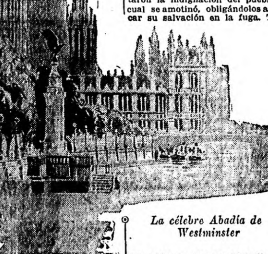
Demolido a fines del siglo II de nuestra era, sobre sus ruinas se erigió una iglesia por orden del rey británico Lucio, cuyo único pensamiento fué levantar un templo en donde se predicara la religión cristiana y se le erigiera un sepulcro al pie del cual oraran los monjes.

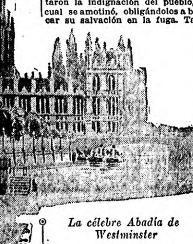
Más tarde desapareció el monasterio, y con él los monjes, sus moradores, quedando tan sólo la iglesia, en el estado en que hoy puede verse.

Los abades

Los abades de Westminster gozaron de gran influencia y mando; mas, a veces, sus disposiciones excitaron la indignación del pueblo, el cual se amotinó, obligándolos a buscar su salvación en la fuga. Tales disturbios no duraron largo tiempo; restablecíase prontamente el orden, los cabecillas eran decapitados y a los demás sediciosos se les aplicaba el castigo, entonces común, de cortarles los pies o las manos.

Varios reyes enriquecieron la abadía con magníficos presentes y depositaron en ella las reliquias traídas de Palestina por los caballeros que regresaban de las Cruzadas.





La célebre Abadía de Westminster

La Sombra que no Perdona

Cuentan que un rey de Dinamarca había matado a su padre para reinar él. Parecía vivir feliz. Las fiestas eran continuas en su hermoso palacio. Y, sin embargo, su corazón permanecía intranquilo y delante de sus ojos pasaban incesantemente sombras y visiones siniestras; creía ver siempre sus manos ensangrentadas.

Cierta noche, en medio de un baile, se le doblaron las rodillas, su rostro se tornó intensamente pálido y un grito angustioso escapó de sus labios.

—¡Apagad las luces!

Se hizo así, mas todo fué en vano: en el fondo del salón iluminado por luces extrañas, el rey veía avanzar lentamente a su fantasma siniestro.

—¿Quién eres, sombra que así me persigues? ¿Eres, tal vez, mi padre?

—No; — repuso el fantasma con voz que heló de espanto al rey — si yo fuera tu padre te perdonaría ¡y yo no perdono!

—¡Oh! Dime entonces ¿quién eres?

—¡Soy el Remordimiento!

Los Zapatitos Rojos



—Yo corto la cabeza a los criminales — dijo el verdugo.

CATALINA era una pobre huerfanita que estaba muy contenta con su par de zapatos rojos de baile y cuando una señora se compadeció de ella y resolvió adoptarla, Catalina se dijo:

—Mis zapatitos me trajeron suerte.

Los domingos en vez de ponerse botas negras para ir a la iglesia, llevaba Catalina sus zapatitos de baile. Había a la puerta de la iglesia un soldado anciano que ganaba algunos centavos quitando el polvo al calzado de los fieles.

Un domingo, al ver los zapatos de Catalina los golpeó suavemente diciendo:

—¡Ojalá que se te peguen a los pies cuando bailes!

Durante los oficios religiosos, Catalina sólo pensaba en sus hermosos zapatos.

—Sí, muy bonitos son tus zapatos—le dijo el soldado viejo al salir.

Entonces Catalina empezó a bailar y solamente quitándose los zapatos podía cesar en sus danzas. Al día siguiente fué invitada a un baile; pero habiéndose puesto enferma la señora que la había adoptado, no tuvo Catalina otro remedio que quedarse en casa.

—No importa. Me pondré los zapatitos rojos—dijo, y calzándoselos salió a la calle y al bosque, danzando. Allí vió al soldado y éste le dijo al pasar:

—¡Qué bonitos son tus zapatos!...

Quiso Catalina quitárselos, más no pudo y así siguió danzando día y noche por campos, colinas y pantanos.

Una noche, danzando sobre una laguna llegó a la cabaña de un verdugo y llamó a la puerta.

—Yo corto la cabeza a los criminales—dijo el verdugo.

—No me cortéis la cabeza, sino los pies—dijo Catalina.

Y refiriéndole lo ocurrido le persuadió de que le cortase los pies, que siguieron bailando solos dentro de los zapatitos, sobre la superficie de la laguna.

Hizo después el verdugo a Catalina un par de piececitos de madera; y la muchacha se encaminó a la casa de la madre adoptiva y fué buena.

En la mañana de un domingo, cuando todos estaban en la iglesia, Catalina pidió perdón a Dios. Y entonces apareció un ángel; y el ángel besó a la niña y tomándola dulcemente entre sus brazos la llevó al cielo.

El Descubrimiento de Guillermo Harvey

Guillermo Harvey nació en Inglaterra, en 1578. Grande era la obra que debía realizar. Era hijo de padres acomodados, que pudieron enviarle a estudiar a Padúa, escuela italiana de medicina mucho más adelantada que todas las escuelas inglesas de aquel entonces.

De allí, Harvey fué a Bolonia y a Pisa, y por último volvió a la Universidad de Cambridge, donde ya había estado. Obtuvo el título de doctor en la Universidad de Padúa y de Cambridge. En Italia oyó lecciones de Galileo sobre la ley de la mecánica, recientemente descubierta; y oyó a Fabricio Acquapendente, quien había descubierto que las venas tenían una válvula que empujaba la sangre en cierta dirección.



Guillermo Harvey

Los más eminentes doctores examinaban el cuerpo humano y permanecían tan perplejos por el flúido de la sangre y por el calor del cuerpo, como estaríamos nosotros al ir en un coche motor sin saber cómo funciona el mecanismo que nos arrastra. Ya se había sospechado la verdad. Algunos italianos dicen que un tal Casalpino fué quien en verdad descubrió hecho tan importante antes que Harvey, mas ello no es cierto, Harvey demostró que cuando el corazón se contrae realiza su función de esparcir la sangre por todo el cuerpo. Fué un gran hallazgo de la verdad, completada con el descubrimiento de los capilares por Malpighi, italiano famoso.

No podemos menospreciar a los médicos de los pasados siglos; muchos de ellos vislumbraron en realidad algunas de las grandes verdades de hoy día.

Harvey publicó su gran descubrimiento como si se tratase de la simple cura de un resfriado de cabeza. Todo ello se dió en lecciones a unos pocos estudiantes de Londres. Al divulgarse la nueva, los demás médicos persiguiéronle encarnizadamente. Pero alcanzó a ver en vida su descubrimiento creído y honrado por todos, aunque no fuera sino después de pasados largos años.

LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE "TROMPETA"

El Perro Cara Dura — por George Studdy

























LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI por SEGAR

































EL TESORO D… DAD DE LOS…





EX SARGENTO DE LA POL. MONTADA



ESPOSA DE JIMMY



SUBJEFE DEL DESTACAMENTO



DESCENDIENTE DE LOS TOQUIS

El Tesoro de la Ciudad de los Césares

Novela de aventuras original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano ha adquirido con carácter exclusivo CRITICA

—¡Jack! ¿Dónde está Jack? — exclamó la horrorizada mujer.



Composición y dibujo ejecutado especialmente para esta novela, en la sección gráfica de CRITICA por Premiani.

Joe y Dick, corrieron pistola en mano, hacia donde se hallaba el pequeño Jack.

III EPISODIO

"La Máquina Infernal"

I

EL TERRORISTA

EN EL LABORATORIO DE SMIRLOFF

SMIRLOFF era un hombre de laboratorio, de fórmulas químicas, de combinaciones extraordinarias, de substancias explosivas. Esmirriado, con sus ojillos penetrantes, sus pómulos salientes, su barba rala, surgía de pronto en una esquina y antes de que uno pudiera fijar su atención en él, desaparecía como si lo hubiera tragado la tierra.

Su indumentaria descubría su extrema pobreza. El traje raído y descolorido por el uso, el sombrero sin forma precisa sobre su revuelta pelambre, los zapatos destalonados y boquiabiertos y los agujeros de sus medias, decían a las claras cuál era la situación económica de este doctor en química. Porque Smirloff habíase doctorado en San Petersburgo, en la época de los zares en que la capital rusa se llamaba así. No es difícil afirmar que Smirloff no conociera mejores tiempos. Si bien es cierto que en su rostro el hambre había dejado huellas, podía leerse en su mirada y en su amplia frente, un origen distinto al de la gente que lo rodeaba y que constituía una banda del terror.

Quién sabe por qué extraños accidentes este hombrecillo culto y educado se convirtió en el profeta rojo de la dinamita.

Smirloff era un sujeto catalogado como peligroso en los archivos policiales de los Estados Unidos, y aun cuando nunca los sabuesos consiguieron probarle su culpabilidad en más de un atentado que consternó al público, era indudable que el ruso doctorado en San Petersburgo no era ajeno a los planes terroríficos llevados a la práctica contra el Groehein May y el Rommaiser Dewis, dos establecimientos fabriles de gran potencialidad industrial.

Smirloff tenía un ayudante. Un mozo rubio, imberbe, de ojos azules. Llamábase Usberg y carecía de familia en la Unión.

Usberg llegó ya entrada la noche al laboratorio. Desde hacía un buen rato, Smirloff hallábase ocupado en combinar líquidos en tubos de vidrio de distinto tamaño.

—¿Hay novedad?... — preguntó al recién llegado.

—Mr. Nicholson, ayudante de Mr. Gordon Burke, quiere hablar con usted.

—¿Hablar conmigo?.... ¿Qué quiere de mi ese canalla?...

—No lo sé, Smirloff. Sólo me dijo que le comunicara que deseaba verlo esta misma noche. Mi opinión es de que no se trata de nada grave.

Smirloff volcó en la rejilla de la pileta un líquido rojizo. Lavóse las manos y al tiempo que descolgaba el sufrido abrigo de la percha, dijo:

—Si tardo en volver, avisarás a los muchachos... El perro es muy capaz de encerrarme. Antes de marcharte, cerrarás el laboratorio y guardarás la llave debajo de la piedra grande...

Smirloff tomó su sombrero y abandonó la pequeña habitación de sus experiencias terroristas.

II

EL PLAN DE LOS TRES

JIMMY, JOE Y DICK DISCUTEN LA AVENTURA

—¿CREES tú, Peliencendido, que encontraremos al indio Tucapel?... — interrogó Joe.

—Estoy seguro que lo hallaremos si es que no ha muerto. — respondió Jimmy.

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes noticias del indio? — volvió a preguntar Joe.

—Cerca de dos años. Fué Minigann quien me habló de él. Según parece, Tucapel vivía en la Patagonia Argentina cuando llegaron los bandidos de Fort Sonwery.

—¿Los que se apoderaron del oro de la mina del Sur? — inquirió Dick.

—Los mismos. Anduvieron por una región llamada del Neuquén, al pie de la gran cordillera de los Andes. Saquearon los lugares donde había algo de valor, y en un encuentro con la gendarmería murieron casi todos. El único que escapó con vida fué el patizambo Bill que ahora anda con Resneck, el contrabandista de la cicatriz en el mentón. Pues bien, yo he conversado con Bill a su vuelta y por él supe que Tucapel moraba en la región de los Lagos, aproximadamente, en el lugar donde se levantaba la Ciudad del Rey Blanco.

—¿Qué clase de relaciones tuvo Bill con el indio Tucapel?... — dijo Joe Mc. Lean.

—Dudo que Bill el patizambo lograra arrancar de su silencio al descendiente de los toquis. Según él, lo conoció en una mísera vivienda construída con troncos de árboles y chapas. Lo sorprendió tomando mate criollo, un brevaje verde que se absorbe con bombilla y que acostumbran a tomar los nativos y aun los extranjeros dedicados a las faenas del campo o a los trabajos de la ciudad. El mate se sirve en rueda de peones, alrededor de una hoguera o fogón y siempre da motivo a reuniones amenas, donde se narran cuentos y leyendas de aparecidos. Porque esa gente es supersticiosa y cree en la existencia de espíritus malignos, de viudas vagabundas y almas en pena. Tucapel hallábase solo, junto a dos leños encendidos donde hervía un recipiente con agua. Parece ser que Bill le interrogó repetidas veces sin obtener respuesta y alguien, un vecino, sin duda, le informó que el indio no despegaba los labios desde hacía mucho tiempo y que guardaba el secreto de un tesoro escondido. Bill supuso que todo era fruto de la imaginación de esa gente y no volvió a ocuparse del asunto.

—Dime, Jimmy — preguntó Joe Mc. Lean, con visible interés. ¿Tú crees que Tucapel hablará para nosotros?...

Jimmy contestó inmediatamente:

—Estoy seguro, Joe. Con una palabra que diga a su oído, Tucapel nos acompañará como el guía más fiel.

Eleonor preparó una taza de té para los hombres y para el niño. Sentíase feliz, como nunca lo había sido en su vida de martirio, hecha de esperas amargas. Desgraciadamente, Eleonor se entregó con demasiada confianza a la dulce ilusión de una nueva vida. La pobrecilla ignoraba que una nube cerníase sobre la cabaña anunciando un terrible temporal, del que sólo por obra del milagro podrían salvarse todos.

Entretanto, el pequeño Jack, suspendía su pueril atención de los labios de los tres hombres que discutían punto por punto la arriesgada aventura del tesoro de la Ciudad de los Césares.

III

¿DONDE ESTA LI-SUNG?

EL EXTERMINADOR HUYO DE LA CAVERNA

CUANDO los doce bravos muchachos que en un tiempo obedecían las órdenes de Joe Mc. Lean — en la época en que Joe Mc. Lean era sargento de la Policía Montada — allanaron la Caverna del Dragón, refugio de la banda amarilla de Li-Sung, el odioso exterminador de la raza blanca logró burlar a la justicia y desapareció. Todo el resto de la temible organización china, inclusive el pecoso Hoggs, cayó en poder de los doce voluntarios, los cuales, con las formalidades que el caso requería, se apresuraron a ponerlos a disposición del jefe del destacamento.

¿De qué medios se valió Li-Sung para evadirse?... ¿Había alguna otra puerta secreta en la cueva de los fumadores de opio?... Probablemente no existiera ninguna otra salida oculta, pues sino quizás se hubieran salvado los compinches del misterioso hijo del Celeste Imperio; aunque también no sería difícil que Li-Sung, en el instante del peligro, sólo se preocupara de salvarse él, dejando que sus secuaces se las arreglaran como pudieran.

Li-Sung era incansable en su acción criminal, y no era hombre de asustarse fácilmente ante el peligro. Sólo, sin un aliado, sin nadie que secundara sus criminales planes, Li-Sung no se daba por vencido.

Y allí donde estuviera, en el rincón más lejano y olvidado de la Tierra, Li-Sung proseguiría maquinando venganzas inconcebibles contra la raza blanca.

Odiaba a los blancos, porque un blanco fué quien le robó el amor de su mujer. Y tan profundo era el aborrecimiento que sentía, que llegó a pretender sacrificar a su hija, a la dulce Li, a quien arrancaron de las garras de la muerte los doce bravos voluntarios de la Policía Montada.

Li-Sung estaba en libertad. Era un peligro inminente que andaba suelto. Nadie sabía dónde se hallaba, pero, ni uno solo de los que lo conocían dudaba de que a estas horas el cerebro de Li-Sung trabajaría con insistente continuidad una de sus múltiples ideas de exterminio.

IV

¿QUIEN ES EL JEFE?...

¿ES Mr. NICHOLSON O ES Mr. BURKE?...

MR. Nicholson no se preocupaba de ocultar sus sentimientos a Mr. Gordon Burke. El ayudante del subjefe ya no era el hombre aparentemente sereno, sumiso, reflexivo, que recibía las malas noticias con solapado sonreir. Mr. Nicholson mostrábase irritado, discutidor y hasta grosero. Ya no guardaba el respeto debido a la jerarquía del subjefe y sin mayores miramientos solía reprocharle:

—Usted, Mr. Burke, nos ha llevado a esta situación.

—¿Qué dice, Mr. Nicholson?... — inquiría con asombro Mr. Burke.

—Que nadie más que usted tiene la culpa de lo que pasa. Un documento de la importancia del legajo del Tesoro de la Ciudad de los Césares, debió cuidarlo más y no dejarlo olvidado sobre su escritorio. — manifestó el ayudante, con severo gesto.

—¿De manera que yo tengo la culpa?... — repetía el subjefe. — ¿Yo tengo la culpa? ¿No es eso, Mr. Nicholson?... ¿Yo sabía que Minigann vendría a robar el legajo?...

—Mr. Burke, es usted un niño. Sin embargo, usted es una autoridad en la Policía Montada. Por su profesión ha tratado usted con toda clase de malhechores. Conoce cómo operan los ladrones y jamás debió poner tan preciosos papeles al alcance de cualquier mano.

—Dice usted, Mr. Nicholson, que yo soy una autoridad, pero, por la forma de expresarse parece que usted no me reconociera como tal. — habló el subjefe.

Mr. Nicholson avanzó dos pasos. Inclinó su cabeza y dijo en voz más baja:

—Entre nosotros no existen grados, Mr. Burke. Somos cómplices y nada más.

Mr. Burke sudaba copiosamente. Era indudable que estaba pasando un mal rato.

Al fin decidióse a preguntar:

—¿Qué podemos hacer ahora, Mr. Nicholson?.. ¿Cree usted que está todo perdido?...

—Si usted no se opone, Mr. Burke, le doy mi palabra de honor que recuperaremos el legajo. ¿Me permite que me haga cargo yo de este asunto?... El tono de Mr. Nicholson era ya amable.

—Si, Mr. Nicholson. Encárguese usted y téngame al corriente de cuanto suceda.

El agente Hamilton anunció a Smirloff. Mr. Burke levantó su mirada hasta el rostro de su ayudante.

—¿Qué quiere ese hombre?... ¿Lo ha llamado usted, Mr. Nicholson?...

—Si, Mr. Burke.

Dirigiéndose a Hamilton, el ayudante ordenó:

—Que pase Smirloff.

Cuando se hubo retirado el agente, Mr. Nicholson explicó al subjefe:

—Este es el hombre que necesitamos para recuperar el legajo del tesoro. Smirloff nos dará esa oportunidad y casi podría asegurarle, Mr. Burke, que dentro de breve tiempo saldremos juntos para la Patagonia Argentina.

Mr. Burke experimentó una inefable sensación de alivio. Pero, sin duda alguna, pasaría las de Caín si supiera que Mr. Nicholson no había sido sincero; porque Mr. Nicholson estaba convencido de que recuperaría el legajo y también seguro de que iría solo a buscar el tesoro, sin la molestia que representaba un hombre como Mr. Gordon Burke.

V

EL PATIZAMBO

BILL, EL QUE CONOCIO A TUCAPEL

CON los bandidos de Fort Sonwery, anduvo Bill el patizambo. Y si escapó con vida en el encuentro con el cuerpo de gendarmes del Neuquén, fué simplemente, porque la Providencia no había querido que concluyera allí su destino.

Joe propuso a Jimmy encontrarse con Bill, para ver de conseguir algunos datos respecto a la Patagonia Argentina y sobre todo, para comprobar si Bill no había mentido al afirmar que el asunto del tesoro le pareció siempre el fruto de la imaginación de los nativos del Sur.

Bill, a la sazón integraba la banda de Resneck, el contrabandista. Concurría a media noche a la taberna de San Eduardo y allí lo sorprendieron empinando el codo junto al mostrador.

—¡Eh!... ¡Bill!... — gritó Jimmy. — ¡Ven a tomar una copa con nosotros!...

Bill no se hizo repetir la invitación y aceptó de buena gana la silla que le brindaba el Peliencendido.

—Un amigo — dijo éste, presentándole a Joe.

—Creo que nos conocemos — manifestó Bill. — ¿No es el sargento de la Policía Montada?

—Ya no pertenezco más al Cuerpo — le respondió Joe extendiéndole la mano.

—¡Mi enhorabuena!... Ahora puedo decirle que esa gente de la Policía nunca me resultó agradable. Cuanto más lejos se encuentre uno de ella, mejor.

El Peliencendido llevó la conversación a la aventura de los bandidos yanquis en la Patagonia y luego refirióse a Tucapel.

—¿Es verdad, Bill, que ese indio vive por esos lugares?

—Yo lo he visto, Jimmy. Tiene una mísera vivienda en la región de los Lagos, en el mismo lugar donde, según la leyenda, se levantaba Trapalanda, la ciudad del Rey Blanco.

—¿Y qué hay de cierto en lo que se cuenta del tesoro escondido?

—Pura imaginación, Jimmy.

Bebieron unas copas y al cabo de un par de horas dejaron el bar.

Jimmy, en el camino, decía a Joe:

—Ya ves, camarada, Bill cree que todo es paparrucha...

Pero Jimmy el Peliencendido se equivocaba. Bill creía en la existencia del tesoro y más aún, sabía que en poder del ex contrabandista se hallaba el legajo de la Ciudad de los Césares.

VI

LA ENTREVISTA

SMIRLOFF LLEGA A UN ACUERDO

—SIENTESE, señor, Póngase cómodo.

Smirloff se ubicó en un sofá de felpa verde. Evidentemente, Mr. Nicholson procuraba hacerse simpático y ganarle su cordialidad. Pero, Smirloff era hosco por naturaleza y respondía con ademán huraño a las gentilezas del ayudante de Mr. Gordon Burke.

—¿Recuerda, usted, Smirloff, el incendio de la residencia de Mr. Corning?

—Algo he leído de eso — contestó el terrorista.

—¿No crée usted que fué intencional? O mejor dicho, ¿qué hubo una mano criminal?...

—No tengo por qué suponer nada — repuso Smirloff de mala gana.

—Yo, en cambio, sé a qué atenerme.

Mr. Nicholson se acercó al escritorio ministro de Mr. Gordon Burke:

—Perdón, Mr. Burke. ¿Me permite retirar ese documento de que le hablé?...

Mr. Burke se hizo a un lado y Mr. Nicholson extrajo de uno de los cajones una carpeta color naranja.

—Esto es.

Y luego de una pequeña pausa, añadió:

—Mr. Corning tenía muchos enemigos. Era un hombre que vivía con la obsesión de la riqueza y explotaba sin piedad a sus cuatrocientos operarios de la fábrica de Saint Louis, Missouri. Su cadáver carbonizado fué hallado entre las ruinas de su residencia. Recuerdo que en la inspección que realicé, hice un hallazgo de suma importancia. El mismo descubrimiento me sorprendió en la Manufacturers of Shoe de la Rewith Co....

Mr. Nicholson abrió la carpeta. En un pequeño envoltorio sacó un par de botones negros, del tamaño de una moneda de cinco céntimos.

—¿No ha perdido usted estos botones, Mr. Smirloff?...

Mr. Nicholson sonreía. Smirloff no evidenciaba alteración alguna.

—¿Cree usted que me pertenecen?... Supongo que no serán los míos los únicos botones que existen... — dijo el hombrecillo de la barba rala.

—Esta semiprueba bastaría para que funcionara la silla eléctrica, Smirloff.

El ruso, molesto por el asunto de que se trataba, pretendió cortar el diálogo:

—Abreviemos, Mr. Nicholson. Si usted sospecha de mí y piensa encerrarme, ya puede ahorrar palabras.

—Yo no sospecho de usted, Smirloff. Tengo la seguridad de que es usted el culpable, pero no quiero hacerle daño. Esto, claro está, a cambio...

—¿A cambio de qué?...

—De una máquina idéntica a la que colocó usted en la Rewith Co.

Smirloff dudaba. Sus ojillos se clavaban unas veces en el rostro de Mr. Nicholson, otras en Mr. Gordon Burke, que permanecía en silencio junto a su escritorio.

—Escuche, Smirloff: usted, sin duda, tiene muchos proyectos. Un contratiempo podría malograrlos definitivamente. Después de todo, ¿qué va perdiendo en esto?... Usted prepara la máquina y me avisa. Yo le diré dónde debe ser colocada. Es un favor que nosotros — y Mr. Nicholson señaló a Mr. Burke — le agradeceremos, reservando todo lo que pueda comprometerlo.

—De acuerdo, Mr. Nicholson. Yo arreglaré el asunto.

DE LA CIU- ... CESARE



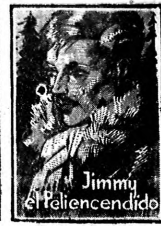
COMPAÑERO DE JOE



EL CHINO MISTERIOSO



HIJO DE JIMMY



JEFE DE CONTRABANDISTAS

Smirloff salió a la calle. Iba en dirección al laboratorio pensando en la propuesta de Mr. Nicholson.

—Si el canalla quisiera — se decía — acabaría conmigo. Al fin de cuentas, no es un mal negocio.

Mr. Gordon Burke, cuando se hubo retirado Smirloff, interrogó a su ayudante:

—¿Podremos confiar en ese hombre?

—Sí Mr. Burke. Smirloff tiene en gran estima su pellejo, porque todavía le preocupan demasiadas cosas...

—¿Recuperaremos por fin el legajo?...

—Desaparecido el obstáculo, nadie nos impedirá adueñarnos de lo que nos interesa.

Jimmy, Dick, Joe, la mujer y el niño, estaban lejos de imaginar el peligro inminente; charlaban con animación, sin pensar ni por un momento, en la catástrofe que se preparaba, y que quizás, terminaría para siempre con sus afanes, con sus esperanzas, con la obsesionante ilusión de la fortuna oculta en la Ciudad de los Césares.

VII

EL ESPIA

¿QUIEN SE OCULTABA EN LA CABAÑA?

UN ruido extraño despertó al pequeño Jack. Desde su cama colocada en un ángulo de la cabaña, alcanzó a divisar una sombra. La luna enfocaba la pequeña ventana y le permitía ver lo que ocurría fuera de la vivienda. Un hombre se arrastraba en dirección a la puerta.

El pequeño Jack deslizóse del lecho y se acercó a Jimmy que dormía profundamente.

—¡Padre! — dijo a su oído. — ¡Padre!

Golpeó con su mano al Peliencendido y éste, despertó. El niño cerró sus labios diciéndole:

—Hay alguien en la cabaña.

Jimmy echó mano a su pistola y esperó. La puerta de la habitación comenzó a abrirse. Jimmy hizo fuego. Casi inmediatamente a la detonación, se dejó oír un ruido de pasos precipitados y luego el galopar de un caballo.

Eleonor, sobresaltada, pegada a su hombre, temblando de pavor, sollozaba:

—¿Qué ocurre, Dios mío?...

Jimmy encendió la luz. Con su linterna de mano inspeccionó la cabaña sin resultado alguno. Luego, acostó al pequeño Jack en su lecho y se dispuso a continuar su malogrado sueño.

—*Duerme tranquila* Eleonor — le dijo. — Si es que anduvo alguien por aquí, ya se ha marchado y no volverá.

Pero él, no pudo pegar los ojos. Con el oído atento permaneció toda la noche en vela, esperando cualquier sorpresa, dispuesto a todo.

Pero el espía no volvió a la Cabaña de Bulding.

VIII

LA MAQUINA

ESTA PREPARADA LA MAQUINA INFERNAL

SMIRLOFF penetró sin anunciarse en el despacho de Mr. Nilcholson.

—Mr. Nicholson, ya está terminado su encargo.

El ayudante le ofreció asiento a su lado. Smirloff, al tiempo que se dejaba caer en el sofá, dijo:

—Ya he cumplido con usted. La máquina está lista y puede funcionar en cualquier instante.

—¿Dónde la tiene usted, Smirloff?...

—En cierto lugar. Sólo espero sus órdenes, Mr. Nicholson.

—¿Está usted seguro de la potencia destructiva de la máquina?

Smirloff con una mueca repuso:

—Si quiere, podemos hacer la prueba en el Vacamento. Palabra que acabaría con todo. — Nicholson se estremeció.

—Explíqueme, Smirloff, cómo es la máquina infernal — dijo.

Smirloff lo soslayó con reticencia y dijo:

—Es un misterio, Mr. Nicholson. Recordará usted que el "Times" en una edición de julio de 1915, publicó una lacónica noticia, que decía más o menos:

"El sabio alemán Hoffmuller, célebre por sus investigaciones científicas, ofreció a su gobierno la fórmula de un explosivo infernal, que debía acabar la guerra en menos de un mes. Hoffmuller fué considerado loco y su proposición se perdió en la lenta morosidad de los trámites burocráticos".

—Y bien, Mr. Nicholson, yo conocí en Suiza a Hoffmuller y le robé el secreto de su invento.

—¿Cuál es la fórmula?... — preguntó vivamente interesado el ayudante de Mr. Burke.

—Es mucho preguntar, Mr. Nicholson. Habíamos convenido que yo prepararía la máquina infernal y no que le revelaría ningún secreto.

—Bien, Smirloff, como a usted le parezca. Mañana, a la hora que usted juzgue conveniente, debe ser colocada la máquina. Yo le avisaré esta misma noche.

Smirloff dejó el despacho de Mr. Nicholson.

IX

EL AMARILLO

MEDITA SU TERRIBLE VENGANZA

LI-SUNG estaba oculto en la gruta de Westmille. Le acompañaba un sujeto de pésima catadura, un poco corcovado.

—Ese maldito 'pei' tuvo la culpa — murmuró el chino. — ¿Por qué entrometerse en vidas ajenas?... Mi hija debía morir y así lo prometí al extático Budha. Por El juro que las pagará.

El corcovado escuchaba atento.

—Yo sé donde están, Li-Sung. Viven en una cabaña llamada de Bulding.

—¿Seguro...?

—Sí, yo los he visto con mis propios ojos.

—Bien, Janevan, tendrás tu buena ganancia. Eres el único blanco que merece cierta consideración.

—¿Cómo cree usted que podemos atacarlos?

—Eso es cuenta mía. Me bastará con enviarles un regalo... Una simple cajita de metal con el flúido maléfico... Morirán como ratas...

Li-Sung había combinado ciertos gases que provocaban la muerte por asfixia.

—Esta noche, Janevan, sabrás a qué hora hay que enviarles el regalo.

El corcovado se relamió de gusto. También él odiaba a Joe, porque Joe más de una vez lo zampó en la cárcel.

X

EL INTRUSO

SE REVELA LA IDENTIDAD DEL ESPIA

JIMMY, a la mañana siguiente, narró lo ocurrido a sus dos camaradas.

—No cabe duda de que es alguien que tiene interés en el legajo, Jimmy — habló Joe.

—¿Será un espía de Mr. Nicholson o acaso Mr. Nicholson en persona? — preguntó Dick.

—No podría decirlo, amigos... Desgraciadamente no le ví un pelo. Sólo escuché el ruido de sus pasos y el galopar de un caballo.

A la noche volvieron a reunirse y de común acuerdo resolvieron esperar novedades. Eleonor y el pequeño Jack, envueltos en pieles de búfalo, tendiéronse en un rincón.

Llevaban ya dos horas de ansiedad, cuando la puerta comenzó a moverse.

—¡Pchs!... — susurró Joe.

Jimmy preparó su pistola. Una lucesilla como de una linterna minúscula se encendió en la oscuridad. Al débil resplandor de esa luz, Jimmy alcanzó a descubrir el rostro del intruso y en tono apenas perceptible murmuró:

—¡Bill!... ¡El patizambo Bill!...

Apretó el percutor y la detonación sobresaltó a la mujer y al niño.

Otra vez se dejó oír el galopar de un caballo.

—¡Te has apresurado, Jimmy!... ¿Por qué has hecho fuego?... Debíamos haberle cogido para que confesara sus propósitos...

—Era Bill, Joe... Era el patizambo Bill... Ahora estoy convencido de que mintió, Bill cree en el tesoro. Ha venido a buscar el legajo...

—Es preciso que apuremos las cosas y emprendamos viaje pronto, antes de que suceda algo que pueda desagradarnos... — dijo Dick.

Los dos camaradas — Joe y Dick — salieron de la cabaña de Bulding. Jimmy aseguró la puerta y se acostó junto a su mujer y a su hijo.

En el camino de Keesington, Joe decía a su compañero:

—No sé por qué me parece que se está tramando algo contra nosotros... Tengo un olfato para estas cosas que no me engaña...

Dick estaba lejos de imaginar cuánta verdad había en el presentimiento de Joe Mc Lean.

XI

LA MUERTE

EN UNA CAJA DE METAL

EL corcovado ocultóse detrás de un árbol. Amanecía. Detrás de las bardas que recortaban el horizonte comenzaba a insinuarse una rojiza claridad. A diez metros escasos del corcovado, estaba Li-Sung.

El misterioso amarillo le hizo una seña con la mano y el cómplice con cuidado paso fué hacia la cabaña. Junto a la puerta se detuvo. Con el oído pegado a los tabiques permaneció un minuto. La gente hallábase sumida en profundo sueño. Li-Sung corrióse hasta el lugar donde el sujeto de pésima catadura aguardaba *y le dijo en voz bajísima:*

—Por la ventana... Ahora mismo...

Dieron vuelta hacia la parte de la cabaña que mira al Oeste. El corcovado sacó una pequeña caja de metal de entre sus ropas y la introdujo por la abertura de la cortina. Hecho ésto, Li-Sung lo arrastró hacia el campo abierto. Llevaban recorridos diez kilómetros, cuando el amarillo, con la satisfacción estereotipada en su cara, dijo:

—Dentro de una hora o dos, a más tardar, todo habrá concluído... Ya ves cómo la muerte cabe en una caja de metal...

XII

EL CORCOVADO

CONOCIA LOS PLANES DE SMIRLOFF

¡HABLA, canalla, o acabaré con tu perra vida!... — gritó Joe apretando el pescuezo del corcovado. — ¿Qué haces por aquí?... ¿Quién venía contigo?...

—Nadie... ¡Suelta, que me ahogas!...

—Tienes un minuto más de vida, miserable. Ya, puedes encomendarte a Dios... El corcovado leyó en los ojos de los dos hombres la decisión de terminar con él. Entonces, resolvióse a hablar.

—¿Me dejaréis en libertad?... ¿De veras que no me haréis daño?... — preguntó.

—Ni un rasguño si nos dices lo que sabes — respondióle Dick.

—Bueno. Voy a decir todo. Se en lo que anda Smirloff. Mr. Nicholson le encargó una máquina infernal para hacer volar la cabaña. A estas horas debe haberla colocado...

—¿Una máquina infernal?... — interrogó Joe.

—Sí... Quizás lleguen a tiempo si apuran el paso... Joe aflojó su mano de hierro.

—Si mientes, corcovado, te arrepentirás. Si has hablado para alejarnos, iré a buscarte a las tierras de Byrd si fuera necesario y te arrancaré a tiras el pellejo.

protestó el cómplice de Li-Sung.

—¡No he mentido! ¡Por mi madre!... —

Joe y Dick echaron a correr hacia la cabaña. El corcovado llevóse ambas manos a la garganta dolorida y dejó escapar una maldición.

Había dicho la verdad, pero, no toda. Conocía los planes de Nicholson y la participación de Smirloff y había llegado a enterarse que esa misma mañana colocarían la máquina en la vivienda de Jimmy. Lo que no había confesado el criminal era que hasta hacía diez minutos había acompañado a Li-Sung y que había depositado en la cabaña la caja de metal que contenía la muerte.

—Quizás lleguen a tiempo... — había dicho. Y para sus adentros se regocijaba pensando que Jimmy, Eleonor y Jack ya no pertenecían al mundo de los vivos.

XIII

¡JACK!... ¡JACK!...

EL GRITO DEL GIGANTE SIN BRAZOS

UNa horrible bestia carnicera rayaba con sus afiladas zarpas la puerta de la vivienda. Dos ojos enormes vigilaban desde la ventana y una voz opaca rugía:

—¡Destrozad todo!... ¡Acabad con el nido del Peliencendido!...

La puerta cedió al empuje de la horrible bestia y la alegría salvaje agrandó los ojos encendidos en la ventana.

Fué entonces cuando surgió por milagro de Dios el Gigante sin Brazos. Tenía como los cíclopes un ojo en la frente. La barba tupida caía sobre su pecho en ondulación, como ofreciéndose para que la escalaran los gnomos.

La bestia carnicera dejó caer sus colmillos puntiagudos en un bostezo de hambre. El Gigante sin Brazos nada podía hacer contra la *fiera. Y gritó. Fué un grito* tremendo, un anun*cio desesperado de tragedia:*

—*¡Jack!... ¡Jack!... ¡Jack!...*

El niño abrió los ojos y se *echó fuera de la* pesadilla. Había tenido un sueño de espanto. Sin embargo, alguien andaba en la puerta. En ese instante, una mano depositó dentro de la cabaña un envoltorio de regulares dimensiones. El niño saltó del lecho y se apoderó de la escopeta. Despertó a su padre:

—¡Padre! ¡Padre!

Jimmy y Eleonor escucharon el llamado del niño y corrieron detrás de él hacia la puerta. Sentían una opresión en la garganta que les impedía respirar libremente. Junto a la ventana vieron una pequeña caja de metal de la cual se escapaba un hilo de humo; y detrás de la puerta, hallaron el envoltorio. Sospechando el atentado criminal, salieron de la vivienda. Un minuto más y hubieran sido despedazados por la explosión.

La cabaña voló como si hubieran colocado allí mismo una potente bomba de dinamita. Jimmy abrazó a su mujer y la sostuvo mientras saltaba en mil pedazos la vieja casa de Buding.

—¿Y Jack? ¿Dónde está Jack?... — exclamó la horrorizada mujer.

Jack, en el otro extremo, apuntaba con su escopeta a un hombre. El hombre con los brazos en alto, miraba azorado al niño. Era Mr. Nicholson.

A dos metros, agonizaba Smirloff. Su máquina lo había matado.

El Gigante sin Brazos de la pesadilla, salvó a los tres de una muerte segura. Si Jack no hubiera abierto los ojos, a estas horas sus cuerpos hallaríanse sepultados entre los escombros.

XIV

EL ARBOL

PUEDE ELEGIRLO MR. NICHOLSON

JOE y Dick se detuvieron espantados. A cincuenta metros de la catástrofe los dos camaradas se miraron con desesperación. ¡Demasiado tarde!...

—¡Es horrible! ¡Es horrible!... — repetía Joe.

Cuando se disipó la nube de humo y tierra, dominaron el espectáculo y vieron a Jimmy y a Eleonor abrazados y a Jack apuntando con su rifle a Mr. Nicholson.

—¡Salvados!... ¡Salvados!... — gritó Dick.

La alegría que experimentaban era inenarrable. Corrieron hacia el lugar de la explosión y pistola en mano rodearon a Mr. Nicholson.

—¡Asesino!...

Eleonor, demudada, con los ojos despavoridos, el ademán tembloroso, lo abofeteaba llamándole:

—*¡Asesino!... ¡Asesino!...*

Joe se dirigió a Mr. Nicholson.

—*Si aún perteneciera al Cuerpo de la Policía Montada lo arrestaría bajo la inculpación* de este incalificable atentado. Pero, no siendo ya sargento, si no un simple ciudadano, un pacífico vecino, yo mismo haré justicia. Mr. Nicholson usted puede elegir el árbol. La soga la traeré yo.

—No hace falta — dijo Dick — al tiempo que se desprendía de una larga faja de color verde. Esto hará el mismo servicio de la soga.

Mr. Nicholson no opuso resistencia. Lo ataron de pies y manos a un árbol.

—Lo colgaremos dentro de un cuarto de hora, Mr. Nicholson. Trate de arreglar sus cuentas con el Juez del Cielo.

Jimmy y Eleonor, con Jack y los dos camaradas inspeccionaron los escombros. Así lograron incautarse de la caja de metal que depositara Li-Sung y después de un breve examen, Joe declaró:

—Gases asfixiantes. Esto es obra de Li-Sung. Han escapado de la muerte milagrosamente, puesto que la muerte estaba en esta caja y en la máquina infernal.

XV

EL ENEMIGO

RECUPERA LA LIBERTAD

TRANSCURRIERON los diez minutos y Joe y su comitiva se dirigieron al lugar donde habían atado de pies y manos a Mr. Nicholson. Pero, Mr. Nicholson había desaparecido. En su lugar veíase la faja verde de Dick.

—¿Será posible?... — preguntóse sorprendido Joe Mc Lean.

Jack apuntaba con su escopeta a un hombre. El hombre era Mr. Nicholson.

—Mr. Nicholson no pudo huir sin ayuda de alguien. Aquí, muy cerca, debe ocultarse otro de nuestros enemigos.

Jimmy y Joe recorrieron los alrededores buscando al fugitivo inútilmente. Mr. Nicholson no dejó rastro alguno en su fuga.

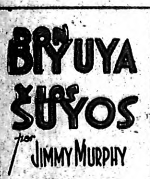
Si estos compañeros hubieran prolongado la búsqueda por la región rocosa, quizás el impresionante relato de la Ciudad de los Césares dejara de sufrir alternativas de horror, porque precisamente en la región rocosa, el chino exterminador de la raza blanca le decía a Mr. Nicholson.

—No tiene nada que agradecerme, Mr. Nicholson. Hoy por usted, mañana por mí. Mr. Nicholson habíase hecho de un temible aliado. Desde ese instante Li-Sung y el ayudante de Mr. Gordon Burke sellaron un pacto de solidaridad en el crimen.

Lejos, a diez leguas de la desaparecida cabañana de Bulding, Bill meditaba:

—El legajo está en poder de Jimmy el Peliencendido. Cueste lo que cueste, el legajo tendrá que ser mío y mío también el tesoro de la Ciudad de los Césares.

El próximo sábado publicaremos el episodio IV, titulado: **LOS BANDIDOS DEL NORTE EN LA PATAGONIA ARGENTINA.**



















BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA por JIMMY MURPHY

















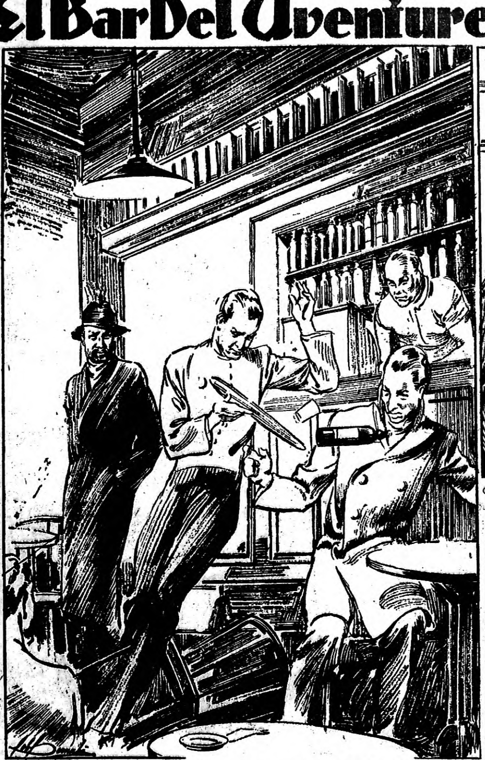




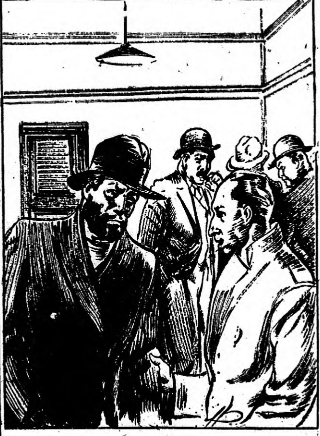




El Bar Del Aventurero Enlutado



Quiso la mala suerte que tropezara y perdiera el equilibrio...



—¡Vaya si lo conozco! — dijo el médico.

(Para CRITICA)

Por José L. Viglioni

Cara de Conejo llegó al Bar del Aventurero Enlutado, con su amplio gabán verde y su maletín marrón. Dentro del gabán llevaba una orden de captura y en el maletín un paquete de cartas, atado con una cinta desteñida.

Glen, que chupaba su cigarro en la caja, lo saludó cortésmente, pero Cara de Conejo no se dignó contestarle.

—¡Camarero! — dijo Glen — Atienda a ese parroquiano.

El camarero cojo, haciendo juegos malabares con una bandeja repleta de copas de naranjada y tacitas de té con whisky del peor, aproximóse a Cara de Conejo. Pero quiso la mala suerte que tropezara y perdiera el equilibrio, dejando a la miseria el gabán verde de Cara de Conejo.

—¡Eh! ¡Bruto! — vociferó el infeliz — ¿Es que no has aprendido tu oficio de servir?

Glen, con los ojos encendidos, escuchó el reproche de Cara de Conejo y creyóse obligado a amonestar al mozo. En eso estaba cuando penetró el Aventurero Enlutado, negro el capote y negra la barba.

—¡Hola, bandido! ¿Qué clase de trifulca es ésta en la que yo no intervengo?...

Glen movió los ojos como un muñeco de ventrílocuo, desesperándose por advertir al Aventurero Enlutado la presencia de Cara de Conejo. Pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, pues el Aventurero Enlutado no logró descifrar las enigmáticas muecas del hombre rojizo que cuidaba la caja del bar.

Cara de Conejo carraspeó. Lo hizo intencionalmente, para evitarse el anonimato. Al carraspeo del hombrecillo del gabán verde y el maletín marrón, el Aventurero Enlutado dió vuelta la cabeza.

—¡Hola! — gritó sonriendo — ¿Con que tenemos gente nueva?...

Cara de Conejo púsose automáticamente de pie y apretó bajo su brazo el maletín marrón como si temiera que se lo robaran.

El Aventurero Enlutado lo hizo trastabillar con la mirada. Glen ocultó su cara rojiza detrás de la registradora y el mozo se perdió en la trastienda.

Tal era el terror que provocaba el misterioso Aventurero Enlutado.

Cara de Conejo llevaba una orden de captura contra él, pero no se atrevía a hacerla valer. Además, en el maletín marrón, guardaba una serie de epístolas que comprometían seriamente al Aventurero Enlutado.

¿Quién era Cara de Conejo? ¿Por qué iba a detener al Aventurero Enlutado? Si nos fuera dado leer la correspondencia que encerraba el maletín marrón, nos evitaríamos entrar en mayores detalles y extender sensiblemente este relato espeluznante.

—Señor — balbuceó Cara de Conejo; — tengo orden de captura contra usted.

—¡Atrevido! ¿Cómo osas hablarme así?... — rugió el Aventurero Enlutado.

—Perdóneme, señor. Si usted no se deja capturar, me ocurrirá algo malo.

—¿Y qué diablos me importa lo que pueda ocurrirle?

—O usted permite que lo capture o me captura usted a mí. He aquí la cuestión.

Cara de Conejo creyó haber hablado de manera incontrovertible y pavoneóse de ello. El Aventurero Enlutado, tomándolo de un brazo, lo sacudió:

—¿En qué se funda la orden de captura? ¿Soy un criminal? ¿Un bandolero? ¿Un asaltante? ¿He matado a alguien? ¿He robado? ¿Soy acaso un jugador fullero? ¡Habla, por mil demonios solteros e indecisos!

—Señor Aventurero, por favor, no se exalte que pierdo el ánimo.

—¡Hablarás de una vez por el ojo de gallo de San Cristóbal!

—Se le acusa a usted de asesinato... — pudo decir Cara de Conejo.

—¡Por el caprichoso lunar de mi tía Eduviges!...

Glen se persignó. Sabía de memoria que cuando mentaba el caprichoso lunar de su tía Eduviges se armaba la gran batahola. El camarero continuaba ausente en la trastienda.

—¡Por el caprichoso lunar de mi tía Eduviges!... — volvió a jurar el Aventurero Enlutado.

—De eso se trata, señor. De su tía Eduviges.

Las palabras de Cara de Conejo tuvieron la virtud milagrosa de apaciguar al Aventurero Enlutado. Hubo un paréntesis de silencio, al cabo del cual el Aventurero Enlutado llamó al camarero.

—Sírvele un whisky al señor.

—Gracias. No bebo alcohol — dijo Cara de Conejo.

—Usted bebe, sí señor.— Y Cara de Conejo, para no contradecirlo, repitió:

—Sí, señor.

—¿Qué ocurre con la tía Eduviges? — preguntó el Aventurero Enlutado.

—Está amenazada de muerte. Aquí, en el maletín, llevo la prueba.

Cara de Conejo extrajo el paquete de cartas. Desató la cinta desteñida y puso a disposición del Aventurero Enlutado el epistolario. Una de las cartas terminaba con esta frase terrible:

—"Sí, Eduviges, si cambias de estado, lo cambiarás para toda la vida. No puedo permitir que te cases con ningún mequetrefe y como no ha nacido el hombre para ti, no te casarás".

Y en lugar de la firma, dos tibias entrecruzadas y una espantosa calavera.

El Aventurero sonrió.

—¿Y esto qué significa?

—Significa que hay alguien que tiene interés en que Eduviges no se case. ¿Quién puede ser? La respuesta es sencilla y clara; el único interesado en heredarla.

—¡Por la salud del finado troglodita! ¿Quién se atreve a dudar de mí?...

Glen estaba seguro de que ocurriría la tragedia esperada. Pero, felizmente, el Aventurero Enlutado consiguió dominar sus ímpetus.

Cara de Conejo guardó las cartas en el maletín marrón y preguntó con atiplada voz:

—¿Está decidido a acompañarme?

—Vamos. No quiero que una sombra de duda enlute mi reputación.

Cara de Conejo pagó el gasto y abandonó el bar acompañado del Aventurero Enlutado.

—¿Qué asunto es este que no lo entiendo? — preguntó asombrado el Prefecto de Policía. ¿Quién es usted? Y usted, ¿quién es?

—Este —dijo el Aventurero Enlutado — es Cara de Conejo y tiene orden de captura contra mí. Sospecha que yo haya amenazado de muerte a mi tía Eduviges.

El Prefecto llamó a su ayudante. Al poco rato toda la policía hacía rueda a los recién llegados.

—Vamos a ver —dijo el Prefecto —¿quiere explicarme usted—y señaló al Aventurero— quién es y cómo conoció a este otro señor?

—Lo conocí en el bar del Aventurero Enlutado. Pretendió detenerme bajo la inculpación de haber amenazado de muerte a mi tía Eduviges.

—¿Dónde está su tía Eduviges?

—Eso es precisamente lo que me gustaría saber. Porque mi tía Eduviges es un juramento con lunar caprichoso que suelo utilizar para encolerizarme.

—¡Ah! Comprendo. Perfectamente... — dijo el Prefecto.

Los demás policías lo miraron sorprendidos.

El director del Hospicio acudió presuroso a la oficina del Prefecto.

—Son estos dos señores... ¿Quiere tener la bondad de examinarlos?...

El médico se acercó a Cara de Conejo y luego al Aventurero Enlutado. Y ante el asombro del Prefecto y de sus subalternos, Cara de Conejo y el Aventurero Enlutado le extendieron la mano amistosamente.

—¿Los conoce usted?...

—¡Vaya si los conozco!...

—Pero, entonces usted frecuenta el bar del Aventurero Enlutado... —preguntóle el Prefecto.

—Todos los días. El bar del Aventurero Enlutado, atendido por Glen y un camarero, funciona en el hospicio. Glen y el camarero están en la sala III alojados. El Aventurero Enlutado y Cara de Conejo saltaron hoy la verja de hierro y huyeron de la casa de locos.

—¡Protesto! — gritó el Aventurero Enlutado!

—¡Que me traigan un whisky! — exigió Cara de Conejo.

—Mira, Cara de Conejo, ahora que estamos solos, te diré que las cartas las escribí yo. Opino que no nació todavía el hombre que merezca casarse con la tía Eduviges. ¿No crees tú lo mismo?...

—Yo creo que la tía Eduviges debería casarse con Glen o mejor, con San Cristóbal, el del ojo de gallo.

La campana del hospicio anunciando la cena cortó el diálogo.

ALEJANDRO Y EL FILOSOFO

Ofendido el gran Alejandro de haberle negado la obediencia una ciudad de Asia, se acercó a sus murallas resuelto a reducirla a cenizas. Salió a recibirle un filósofo que había sido su maestro, persuadido que sus ruegos templarían el furor de aquel príncipe; mas éste, conociendo a lo que venía le dijo en voz alta:

—Te doy mi palabra y te juro por los Dioses, de no hacer lo que me pidieres.

Entonces el sabio respondió:

—Señor. Suplícote humildemente que destruyas esa ciudad, sin perdonar ni a sus almenas, en justo castigo de lo que te ha provocado.

Quedó confuso Alejandro, viéndose en tal estrecho con el empeño de su palabra y desistió del intento.

Versos Para Niños

El Arroyo Cristalino

(Especial para CRITICA)

Entre pajonales y entre hierbecillas,
lucía un arroyo su clara corriente,
reflejando nubes, ramas, avecillas,
y siempre cantando melodiosamente.

A veces llegaban hojas amarillas
hasta su corriente y él las acunaba,
otras, descendían desde las orillas
arenitas de oro que desparramaba.

Sucedió que un día, pasó un caminante
con gafas, levita y un libro grandote,
el arroyo, es claro, reflejó al instante,
la silueta absurda de aquel monigote.

Las piernas muy cortas, los brazos muy largos,
la cabeza enorme y el cuerpo chiquito,
—¡Ay, qué tonto que eres!—con gestos amargo
declamaba el hombre frente al arroyito.

Pero éste, sin duda, poco entendería
de esa voz tan hueca que lo apostrofaba,
pues sin detenerse corría y corría,
y sus castañuelas de cristal sonaba.

Fastidiado el hombre de esa agua tan clara
que impasiblemente servía de espejo,
se pasó la sucia mano por la cara,
se rascó la barba, frunció el entrecejo.

Luego, poseído de una furia loca,
arrojó puñados de lodo y arena,
como aquel que intenta amordazar la boca
que veraz y justa la maldad condena.

Pero, todo en vano, las aguas brillaban
y el lodo en el fondo se reblandecía...
los castañuelitas de cristal sonaban,
y el arroyo alegre, corría y corría...

MARIA LUISA CARNELLI.

UNA LECCION DE GEOGRAFIA









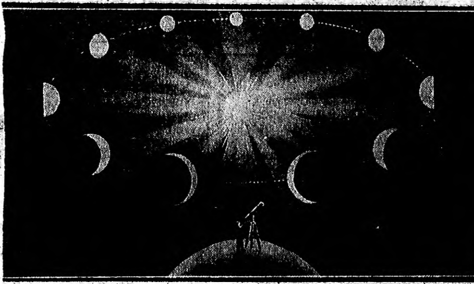


VENUS: LA REINA DEL FIRMAMENTO

Si exceptuamos el sol y la luna, Venus, tal como se presenta a nuestra vista, es la reina del firmamento — pues su brillo supera, no sólo el de Júpiter, sino el de las estrellas de mayor magnitud.

Cuando Venus se halla en sus períodos de máxima brillantez, puede ser distinguido a simple vista, durante el día, no ocurriendo lo propio con Júpiter ni con Sirio, a pesar de ser esta última la más brillante de todas las estrellas. Este resplandor intenso es debido, enteramente, como ya sabemos, a la luz reflejada del sol, pues la parte del planeta que no está en un momento dado, alumbrada por el sol, queda tan obscura como la luna nueva. El descubrimiento de las fases de Venus — o sea de los diversos aspectos bajo que se deja ver en diferentes épocas — se debe a Galileo.

No sabemos casi nada tocante a la superficie de Venus, si bien existen pruebas de que lo envuelve una atmósfera. La distancia media del sol a Venus es de 109.000.000 de kilómetros, y si bien su órbita es, desde luego, una elipse, se aproxima más a la forma circular que la de cualquier otro planeta. El año de Venus tiene 224 días de los nuestros. Es probable, por otra parte, que, lo mismo que Mercurio y la luna en sus movimientos alrededor del sol y de la tierra respectivamente, gire sobre su eje en el mismo tiempo en que da una vuelta alrededor del sol. Como Mercurio, Venus no tiene satélite o luna.



Mercurio y Venus están más cerca del sol que nosotros y este grabado nos muestra el aspecto que ofrecen vistos desde la tierra, explicándonos al mismo tiempo su variación según las diferentes fases.

ESCALOPE Y SEVERINA

Los Humildes Servidores de un Gran Hotel — por Jack Lait y Paul Fung









LA SUERTE DE LAUCHA

Hazañas Cinematográficas — por Lym Young

¿ANTES DE QUEDAR INCONSCIENTE, NOTÓ QUE FALTABA EL JARRITO CON LAS JOYAS?
SÍ! A PESAR DEL PELIGRO NOTÉ EL ROBO...
¿USTED CREE QUE EL QUE LO HIZO DESAPARECER FUÉ LAUCHA?
NO!
AHORA QUE RECUERDO, MOLLY, DEJÉ OLVIDADO EN LA CHOZA UN JARRITO. ¿CREES QUE ESTARÁ SEGURO?
TARDAREMOS EN VOLVER. NO PODRÍA DECIRTE NADA...
POR OTRA PARTE, EL PERRO ME ESPERA... REGRESARÉ.
NO, ESO ES IMPOSIBLE, POR AHORA!
?

La Cigüeña Glotona y sus Parientes

Un caballero que vivía en la India poseía una cigüeña indígena, que acostumbraba instalarse detrás de su silla, durante las comidas, y tomar de éstas una ración superior a la que le correspondía. A pesar de la vigilancia de los sirvientes, este extraño convidado supo un día escamotearles un pollo entero. Porque esta variedad de cigüeñas puede engullir un gato de regular tamaño y una pata de carnero, no teniendo, por tanto, motivo alguno para despreciar el espléndido pollo. Entre sus parientes figura el marabú africano, cuyas plumas son muy estimadas. Uno de los rasgos más singulares de la cigüeña de la India es la curiosa bolsa que le cuelga debajo de la base de su cuello. Puede cerrarse o dilatarse a voluntad, y se supone relacionada con la respiración del animal.

La variedad más célebre es el ibis, que en Egipto se llama sagrado. Su cuerpo no es mucho más voluminoso que el de un pollo, pero sus patas largas y poderosas, su cabeza grande y alargada y su pico largo y encorvado, casi la convierten en un ave de gran tamaño. Hay más de veinte especies de ibis, que en su mayor parte pertenecen al Viejo Mundo, y el resto, a las regiones cálidas de América. Pero generalmente, al hablar del ibis, nos referimos al ibis sagrado. No se sabe con toda seguridad si el ibis es originario de Egipto o si fué primeramente capturado en alguna otra región africana y guardado en cautividad en la tierra de los faraones.




DOÑA GATA LE DIO PERMISO A MICIFÚZ PARA VISITAR UN AMIGUITO...


NO TE VAYAS A MOJAR, QUE PODÉS RESFRIARTE....


MICIFUZ CRUZABA EL RÍO SALTANDO SOBRE LAS PIEDRAS PARA NO CAERSE.....


EN ESO RESBALÓ CON TAN MALA SUERTE QUE CAYÓ A LA CORRIENTE. LOS RATONES LO SALVARON...


Y PRENDIERON FUEGO PARA SECARLE LA ROPA. MICIFÚZ JURÓ NO COMERSE MÁS NINGUNA LAUCHA...



ASÍ PUDO LLEGAR A CASA DEL AMIGUITO Y DARSE UN BANQUETE DE PRIMERA


Y HASTA ROBÓ UN TROZO DE TORTA PARA LLEVARLE A DOÑA GATA, DE REGRESO...

MOCITO Y PALOMINA

Por G. G. DRAYTON



MOCITO, PALOMINA Y CONFITE ANDABAN PERDIDOS UN DÍA POR LA SELVA. LA NOCHE COMENZABA A EXTENDER SUS SOMBRAS DÁNDOLES MUCHO MIEDO.



AL ABRIR LA PUERTA SE ENCONTRARON CON UN ESPECTÁCULO NUNCA VISTO



NO VAYAS A ABRIR LA PUERTA A NADIE Y, SI GOLPEAN TRES VECES, MENOS, PORQUE ES EL LOBO. SI GOLPEAN CUATRO VECES TIRÁ UN BALDE DE ARENA PORQUE ES LA HORMIGA SANGRIENTA Y DISPARARÁ....

HAY UNA LINDA CHICA Y TRES NENITOS A LA VUELTA DEL BOSQUE, PARA QUE ABRAN TENÉS QUE OFRECER MANZANAS REINETAS....

UNA PRINCESA MALA QUE VIVÍA EN EL CASTILLO DE LAS ROCAS, POSEÍA UN ESPEJO MÁGICO, REGALO DE UNA BRUJA DE LA VECINDAD, QUE TODO LO SABÍA.


Y DECIDIÓ VENDERLE A LA NIÑITA, MÁS HERMOSA QUE ELLA, UNA FRUTA ENVENENADA, PORQUE LA LUNA DEL ESPEJO LE DIJO QUE ELLA NO ERA LA MÁS LINDA.


AL RATO SE OYÓ QUE ALGUIEN OFRECÍA BAJO LA VENTANA DELICIOSAS MANZANAS REINETAS, LA CRIADITA SIN SOSPECHAR NADA FUÉ A ABRIR.






CUANDO IBA A PROBAR LA MANZANA QUE LA VIEJA LE OFRECÍA CONFITE LO IMPIDIÓ



LOS ENANITOS, QUE, DESDE EL FONDO DE LA TIERRA HABÍAN SENTIDO RESONAR LOS PASOS DE LA PRINCESA PERVERSA, SUBIERON A VER LO QUE PASABA, ENCONTRÁNDOLA DESMAYADA. LA IDEA DE MORIR ENVENENADA LE PRODUJO UNA GRAN IMPRESIÓN...



LOS TRES SE DESPIDIERON LAMENTANDO NO PODER LLEVAR UN GNOMO PARA MOSTRARLO EN LA CIUDAD, NINGUNO DE LOS SIETE ENANITOS QUISO IR.



¡Y SALTANDO Y BAILANDO, ECHARON A ANDAR POR UN SENDERO HASTA DONDE LLEGABA EL CANTO DE LOS PÁJAROS. YO CREÍ "DIJO MOCITO" QUE SOLO EN LOS CUENTOS EXISTÍAN HOMBRECITOS CON ESCARPINES Y BONETE PUNTIAGUDO. ¡TODOS CABEN EN UNA CANASTA!